

A EZEQUIEL MONTES.

(Enviándole un libro de Fr. Luis de León.)

Dulce amigo, recibe con agrado
La obra de un fraile que pasó su vida
De lo noble y lo bello apasionado.

La fama le siguió por la escondida
Senda del huerto donde su alma pura
Los palacios de jaspe y de oro olvida.

Delicias melancólicas apura
A la sombra del árbol rumoroso,
En el prado vestido de verdura,

Al lado del arroyo tortuoso,
De cuyas ondas y guirnalda el viento
Sale jugando fresco y oloroso.

Allí le place modular su acento
Pulsando diestro la amorosa lira,
Confidente de penas y contento;

Allí la magestad del cielo admira;
Y á descubrir la misteriosa huella
De la clara legión osado aspira.

Olvida luego amor, huerto y estrella;
A la patria dirige una mirada
Donde pesar, indignación destella.

Róbale al godo forzador su espada
La traición; y al dejar el torpe lecho,
Descubre á su nación encadenada.

Esto León cantaba. Pero estrecho
Era el Parnaso para tanta idea
Que amamantaba en su robusto pecho.

La docta antigüedad griega y hebrea
Le enseña los secretos de su idioma
Y en pró de su país, él los emplea.

Vuelo de águila, arrullo de paloma,
Un crimen son en quien el mundo pisa
Despedazando entre Madrid y Roma.

Tu inocencia en prisión sólo divisa
Del Santo Oficio con la luz humosa
De Felipe segundo la sonrisa.

Y, no te amedrentastel Y tu gloriosa
Misión supiste como vate y sabio,
Añadir á tu frente esplendorosa.

La corona de mártir no fué agravio:
De Sócrates la copa envenenada
Una gota guardó para tu labio.

Las almas fuertes celebrar me agrad
Hoy que mi excelsa patria se derrumba
Al peso de una turba degradada.

Escápese su elogio de mi tumba,
Dando á los viles incesante susto.
Como un baldón en sus oídos zumba
El nombre de un varón constante y justo

Abril 10 de 1878.

A LOLA.

¡Oh diosa del amor! placer y encanto
De los vivientes, el Señor del cielo
Se agrada en estender su régio manto
Sobre tus gracias; y en su ardiente anhelo,
¡Qué pudiera esconder de tu mirada!
¡Qué pudiera negar á tu sonrisa!
Ante tus breves piés yace olvidada
La sublime corona; humilde pliega
El águila sus alas, y en tu mano
Con las palomas de tu carro juego,
Enviándole el rayo esas delicias.

Al sucumbir tu amante soberano
En la dulce embriaguez de tus caricias,
Con tu argentina voz pídele y ruega,
Que imponiendo sus leyes al destino,
Haga brotar las más brillantes flores
Por donde Lola lleva su camino:
Diosa es ella también de los amores,
Diosa es ella también de la hermosura;
Siempre la alumbre el sol de la ventura!

Dichoso aquel que puede en su victoria
Encadenar la tuya á su mirada;
Tú sobre el monumento de su gloria
Apareces temblando y demudada,
Y el triunfo es tuyo, amiga idolatrada!
Siempre serás en medio de las bellas,
Como el sol eclipsando á las estrellas,
Ya te meza cual nave empavesada
El tormentoso waltz entre sus olas,
Ya tu cansancio lleves por el prado
Donde el arroyo nunca ha murmurado
Y sólo crecen tristes amapolas;
Ya entre los brazos de la hamaca pidas
Blandas caricias al voluble viento,—
Juego inocente de tu pena olvidas
Mientras se va de amor al firmamento
Con alas de querub tu pensamiento;—
Ora al sueño te entregues, ora rías,
Sirve de orgullo á Mérida la hermosa
Donde tantas pretenden serte iguales,
Y sé para los jóvenes tormento
Y atropella la envidia en tus rivales!

¡Por qué, para martirio del deseo,
 Si alcanzarte no es dado sin ofensa,
 Detrás de un velo celestial te veo?
 Ay! contemplarte es digna recompensa.
 ¡Cuánto goza mi ardiente fantasía
 Al sentir de tus ojos la luz pura,
 Que despierta en el pecho la ternura,
 Que vierte sobre el rostro la alegría!
 Como arrullo de tórtola amorosa
 Es así de tu voz la melodía,
 Si la pasión sobre tus labios posa.
 Feliz entónces quien te llama cielo
 Y á tí dirige su atrevido vuelo;
 Feliz entónces quien te llama rosa
 Y se vuelve una amante mariposa;
 Feliz quien mira una flexible palma
 En tu falle gentil, y se hace brisa.
 Y traidor por sus gracias se desliza:
 ¡Feliz quien tu alma devoró con su alma!

Ved ese breve pie que se ha escapado
 Entre los pliegues de crujiante falda....
 Pero ay! en vano tu beldad me inspira.
 ¡Es el genio del mal quien me ha tocado!
 Mis sienes han perdido su guirnalda,
 Y con un grito de dolor, de ira,
 La última cuerda salta de mi lira.

A.....

Cuando en brazos de Abril sale la Aurora
 El *Ahuéhué* canoso reverdece,
 La yerbezuela tímida florece
 Y su partida Lucifer demora,

Y al contemplarte jóven, seductora,
 La sonrisa en los labios aparece,
 El amor en los ojos resplandece,
 ¿Qué corazón temblando no te adora?

¡Dichosa juventud, que puede osada
 Sorprenderte, bajarte de tu altura,
 Y con rosas llevarte encadenada!

Acepta esta efusión ardiente y pura;
 Me detengo á las puertas de la nada
 Por celebrar, amiga, tu hermosura.

* * *

Anciano Anacreón consagró un día
 Un himno breve á Vénus orgullosa.
 Solitaria bañábase la diosa
 En ondas que la yedra protegía.
 Las palomas jugaban sobre el carro,
 Y una sonrisa remedó la fuente,
 Y la Fama contó, que ha visto preso
 Al viejo vate por abrazo ardiente,
 Y las aves murmuran de algun beso.

AL AMOR.

¿Por qué, Amor, cuando espiro desarmado,
De mí te burlas? Llévate esa hermosa
Doncella tan ardiente y tan graciosa
Que por mi oscuro asilo has asomado.

En tiempo más feliz, yo supe osado
Estender mi palabra artificiosa
Como una red, y en ella, temblorosa,
Más de una de tus aves he cazado.

Hoy de mí mis rivales hacen juego,
Cobardes atacándome en gavilla,
Y libre yo mi presa al aire entrego;

Al inerte león el asno humilla.....
Vuélveme, amor, mi juventud, y luego
Tú mismo á mis rivales acaudilla.

EL AÑO NUEVO.

El sol se estremece, espira;
En torno á su tibio lecho,
En cortinaje deshecho
En alas del viento gira.
No canta el ave, suspira,
Oculta, Iris, los colores,
Que adornaron sus amores.
Envuelve, enlutado el cielo,
Lago y volcán en su velo
Y palidecen las flores.

También así el año muere,
Se revuelca entre sus galas
Y las plumas de sus alas;
Sobre el dardo que le hiere
No mis lágrimas espere,
Que apenas dejó su cuna
Ha robado á mi fortuna
Su más preciado tesoro:
Eclipsado mi sol, lloro
Ante la piadosa luna.

No mi fuerte corazón
En la desgracia se abate;
Con fiebre juvenil late
Al fuego de una pasión.
Al brillo de una ilusión
Hacia mis labios se lanza;
Y en su atrevimiento alcanza
Ciencia, fama, poesía:
Todo él guarda todavía,
Menos amor y esperanza.

Y esto, existencia se llama?
Roto, empañado cristal,
Que fué espejo, manantial
Que en la arena se derrama;
Fuego que humea sin llama,
¡Cómo mi polvo, no alfombra,
La sepultura me asombra!

Pero no opondré á la suerte
El escudo de la muerte
Para qué? Soy una sombra,

Tú también, amiga hermosa,
Sabes que amargo sabor
Deja el cáliz del dolor
En una alma silenciosa;
Pero más que yo dichosa,
Puedes esperar ufana
Que tu juventud lozana
Se te convierta en aurora.
Y la existencia ya dora
Para tí, el sol de mañana.

Un nuevo destino viene
De un año nuevo en las alas,
Adórnate con las galas
Que en urna de cristal tiene,
Sobre tu frente no truene
Otra vez sañudo el cielo,
Flores te siembre en tu suelo;
Los astros á tus piés baje,
Y su más bello celaje
Sirva en tus nupcias de velo.

A ROSARIO.

(EN SU CUMPLEAÑOS.)

Ese grupo de Abriles que se llama
La juventud, sobre tu tersa frente
A porfía derrama
Aromáticas flores, luz ardiente.

Ante tus ojos bellos, inspirados,
Es un templo de amor el universo;
Los hombres consagrados
A tu culto, no te hablan sino en verso.

El porvenir, para esa edad dichosa
Es adornado por un blanco velo;
El lecho de la esposa
Y sobre el lecho recostado el cielo.

¿A quién, entónces, la desgracia humilla?
En sus alas, en vano ella te azota;
Como diamante brilla
Al bajar por tu rostro cada gota.

Conserva largo tiempo esa hermosura
Que se mueve en tus piés, y habla en tus ojos,
Conserva tu ternura
Y tornáranse en rosas los abrojos.

Te prometen amor, y mi deseo
Felices natalicios todavía;
Dales un digno empleo
Mientras tu voz no tiemble cual la mía.

MI RETRATO.

EN EL ALBUM DE ROSARIO.

Inédito.

Cuando pasen los años, ¡oh! Rosario;
 Si no me encierras en perpétuo olvido,
 Así dirás con aire distraído:
 Era de extravagancias un armario.
 Penetrar de su pecho en el santuario,
 Ni al astro del amor fué permitido;
 Cayó á mis piés como amador rendido.
 Ya próximo á envolverse en el sudario.
 Como nació y vivió, murió desnudo;
 Era en su amor, ya tigre, ya paloma;
 Contra el dolor, la risa fué su escudo;
 Sobre cantos, no sé de donde toma
 Una tarda lección, y cisne rudo
 Le ví, á la muerte, murmurar *la broma.*

JOSE M. RODRIGUEZ Y COS.

FRENTE AL CADÁVER

DE IGNACIO RAMIREZ,

EN SUS FUNERALES.

¿Qué es nuestra vida sino tosco vaso
 Cuyo precio es el precio del descao
 Que en él guardan natura y el acaso?
 Si derramado por la edad le veo,
 Sólo en las manos de la sabia tierra
 Recibirá otra forma y otro empleo.
 Cárcel es y no vida la que encierra
 Privaciones, lamentos y dolores;
 Lido el placer, sin muerte á quién aterra?
 Madre naturaleza, ya no hay flores
 Por do mi paso vaclante avanza:
 Nací sin esperanza ni temores;
 Vuelvo á tí sin temores ni esperanza.

IGNACIO RAMIREZ.

Déjame asir, cadáver venerando,
 Aquella lira de marfil y oro
 Que entre tus manos resonó solemne,
 Plácida un día.

La tengo yá; mas no quiero las rosas
 Los mirtos y laureles con que orlabas,
 Lleno de inspiración, el instrumento
 Mágico, insigne.

No: los arranca mi convulsa mano,
 Y, de crespones fúnebres cubriendo
 Su incrustacion de púrpura y de esmaltes,
 Lánguida empieza.